

**JOSEPH CONRAD Y WITOLD GOMBROWICZ:
DOS ESCRITORES SIN PATRIA**

Manel Bellmunt Serrano, Universitat de Barcelona

A menudo se otorga gratuitamente el calificativo de escritores sin patria a autores que, sin embargo, continúan su carrera literaria en el exilio sin alejarse en exceso de las corrientes literarias imperantes en sus países de origen. Por el contrario, son pocos, muy pocos, los escritores a los que ciertamente podemos tildar de apátridas: autores que voluntariamente renuncian a su lengua y a la corriente literaria imperante en sus países de origen. Tal es el caso de dos escritores sobre los que me gustaría hablar: Joseph Conrad y Witold Gombrowicz.

Un tal Lynd, un crítico literario que únicamente ha pasado a la historia de la literatura por su miopía, dijo sobre Joseph Conrad:

Si hubiera escrito sus relatos en polaco, de seguro habrían sido traducidos al inglés y a las otras lenguas de Europa; y las obras de Joseph Conrad traducidas del polaco habrían constituido una posesión más preciosa para las bibliotecas inglesas que las obras de Joseph Conrad en su inglés original [...] (Es un hombre) sin país y sin lengua.

Al igual que en los casos de Alexandr Pushkin, Mijaíl Lérmontov, Herman Melville, Henry Miller u otros, se nos antoja tremendamente complicado separar vida y obra cuando nos referimos a autores como Witold Gombrowicz y Joseph Conrad. Esto se debe, en gran medida, a que sus biografías devienen en una parte más de la obra literaria propia.

Gombrowicz declinó volver a una Polonia sobre la cual se había cernido el pánico y la muerte provocados por el estallido de la II Guerra Mundial. Decidió, en cambio, quedarse en Buenos Aires aprovechando que se encontraba en un congreso que se celebraba en esa ciudad. El hecho de permanecer en un país del cual desconocía la lengua provocó el olvido de su pasado escritor, dado que Gombrowicz era un autor y un crítico literario muy respetado en Polonia. Por el contrario, Buenos Aires ofrecía a Gombrowicz una vida de penurias económicas y desplazamiento social. Y así pasaron largos años hasta que Gombrowicz se dio cuenta de que la traducción de su obra más conocida, *Ferdydurke*, le podría reportar unos ingresos extra. Fue entonces cuando empezó otra gran historia. La historia del *Café Rex* y las colaboraciones de los escritores

latinoamericanos que allí se daban cita. Entre ellos, podemos mencionar a Virgilio Piñeira, Humberto Rodríguez Tomeu, Adolfo de Obieta y a Luís Centurión (ZABOKLICKA, 2001: 15). Únicamente la necesidad económica y el entusiasmo de sus colaboradores propiciaron que aquella traducción llegase a su conclusión. Mucho se ha escrito sobre las colaboraciones de los autores latinoamericanos y el supuesto desconocimiento del español de Witold Gombrowicz. Como en las buenas historias, a menudo la leyenda se funde con la realidad. Ni la traducción de *Ferdydurke* fue tan arbitraria como se cree ni Gombrowicz desconocía completamente hacia dónde se dirigía. El hecho cierto es que Gombrowicz aprovechó aquella ocasión que se le brindaba para limar las imperfecciones de su novela magna e introducir algunos capítulos que, con el tiempo, acabaría por incluir también en la versión polaca. Aunque la obra apareció el año 1947 en la editorial Argos de Buenos Aires y había recibido críticas bastante favorables (ZABOKLICKA, 2001: 15), la andadura internacional de Gombrowicz no comenzó en Argentina ya que, entre otras cosas, el escritor polaco no contaba con el beneplácito del panorama literario de París. Aún no había llegado el tiempo de Gombrowicz, pero el exilio lo había devuelto a la vida; aquella traducción de *Ferdydurke* consiguió que de nuevo se sintiese escritor después de tantos años de inactividad y olvido.

Si habíamos dicho que Witold Gombrowicz abandonó Polonia antes del estallido de la II Guerra Mundial, Joseph Conrad volvió a ella antes que comenzase la Primera. No fue un viaje de paz y tranquilidad, ya que desde el domicilio alquilado por los Conrad en Zakopane observaban con incertidumbre e inquietud el curso de los acontecimientos. La vuelta de Conrad a Polonia no se había producido hasta el año 1919, cuando ya era un escritor consagrado en las letras inglesas y su peculiar estilo era digno de admiración y respeto.

Joseph Conrad, de padres polacos y nacido en 1857 en Ucrania, abandonó su país a los dieciséis años de edad para enrolarse en un buque que lo llevaría alrededor de un mundo, todavía, poco frecuentado. Jugador, contrabandista de armas para con los carlistas españoles y suicida fracasado, a menudo, Joseph Conrad no divisaba con claridad la línea que supuestamente divide el Bien del Mal y la cruzaba con mucha frecuencia en una u otra dirección. No comenzó a escribir hasta los treinta años de edad y, seguramente, nunca antes se habría planteado la idea de convertirse en escritor de no haber sido por las favorables opiniones de aquéllos que leían sus relatos. Consideró que el inglés era el idioma adecuado para vertebrar sus historias y fue así como comenzó su carrera como escritor.

Constantemente acuciado por las deudas, Joseph Conrad vendía novelas y relatos incluso antes de haberlos escrito, mientras pedía préstamos a sus

amigos y conocidos. De este modo se vio abocado a la publicación en revistas con la esperanza de poder paliar su necesidad económica. Esa frenética obligación creativa nunca le permitió el descanso y el reposo del escritor. Tampoco gozó nunca de la seguridad de saberse buen escritor. Además, sus constantes crisis nerviosas lo hundían constantemente y le auguraban un final por insuficiencia cardíaca.

Su estilo sorprendía a sus contemporáneos, H.G. Wells entre ellos, y todos se preguntaban de dónde había sacado aquel modo de escribir un autor extranjero.

Si bien el estilo de Conrad sorprendía a los ingleses, el tono provocativo de Witold Gombrowicz se basaba en un acto de rebeldía contra la crítica y el mundo. *Ferdydurke* se había convertido en la respuesta a una supuesta “mala recepción” literaria de su primera obra: *Memorias del tiempo de la inmadurez*. Sin embargo, cada nueva novela que escribía suponía un reto para él mismo y un combate a muerte contra el mundo, la vejez, el Cosmos, la sociedad, la Polonia de posguerra... La literatura de Gombrowicz se basa en la deconstrucción de los grandes axiomas que envuelven la vida de hombres y mujeres pero que, en el fondo, son la lucha contra un imposible y la patente incapacidad de vivir en sociedad.

Las novelas de Joseph Conrad se adentran en mundos desconocidos, al mismo tiempo que recrean realidades completamente desconocidas para el lector. La espesura de los paisajes descritos y la profundidad de los personajes de Conrad dan buena muestra de la oscuridad que se esconde tras los actos humanos: su grandeza y su crueldad. Lo salvaje no es otra cosa que una fiel imagen de los deseos y las irracionales aspiraciones de los “seres civilizados”.

Si Joseph Conrad se adentra en la oscuridad que envuelve el alma humana, Gombrowicz es ese escritor que se niega a hablar de cualquier persona que no sea él mismo. Su enloquecida búsqueda por la autenticidad humana evidencia su incapacidad para adentrarse en el alma humana y reconocer a sus semejantes. Para Gombrowicz, el ser humano es un lugar mucho más inescrutable que las profundidades de *El corazón de las tinieblas*.

Joseph Conrad utiliza sus propias experiencias para ilustrar sus creaciones hasta el punto de deformar la realidad de su propia historia personal. Hay algo de Kurtz o de Lord Jim en Joseph Conrad, en el cual los sentimientos de admiración y odio se entrelazan sin concierto ni orden.

De manera similar, Gombrowicz también utiliza en muchas ocasiones vivencias propias (el escritor de *Ferdydurke* es Gombrowicz; el viaje de *Transatlántico*...) para plantear batallas cósmicas irresolubles. La “literarización” de las vidas de ambos escritores habla de la consciente manipulación de

sus historias personales con un motivo que se nos escapa. Sin embargo, esta deformación de la vida personal conduce ineludiblemente hacia la fusión entre vida y obra, y hacia la dialéctica de si la convivencia de nuestra existencia y la literatura son posibles. A juzgar por los casos de Gombrowicz y Conrad, esta coexistencia no es posible y la literatura siempre acaba imponiéndose sobre la vida.

El conocimiento de la lengua española de Gombrowicz llevó, como anteriormente hemos mencionado, a modelar de nuevo su obra original, a pulir sus deficiencias, y a introducir nuevos capítulos que, más tarde, también formarían parte de la versión polaca. Este acto de reescritura le proporcionó una perspectiva de acción diferente y un enfoque literario completamente nuevo.

Por su parte, el conocimiento de Conrad de la lengua inglesa es “tangencial”. En cierta manera, sus conocimientos adquiridos mediante su lengua materna provocan que, al ser extrapolados a la lengua inglesa, su sintaxis y su estructura sorprendan al lector. De hecho, el mismo Conrad y sus críticos literarios contemporáneos percibieron que, así como su escritura se iba “anglicanizando”, su fuerza narrativa perdía fuerza. En sus últimos libros ya no se observa la frescura de la narrativa inicial. Podríamos decir que, así como su creación se fue aproximando a la cultura y lengua de llegada, ésta perdió esa connotación tangencial y sorprendente de las primeras creaciones. Cuando el exiliado y el extranjero se convirtieron en un ciudadano más del Imperio, su obra perdió aquel encanto de antaño.

Si eliminamos todos los elementos cómicos de la narrativa de Witold Gombrowicz se aprecia claramente la postura del héroe trágico, consciente de la infructuosidad de sus actos frente a la naturaleza y el Universo, pero obstinado y combativo pese a ello.

En Joseph Conrad no apreciamos la postura del héroe trágico tras la figura del narrador, pero sí encontramos una mirada trágica en él: la mirada del extranjero que describe todo cuanto acontece situándose por encima del Bien y el Mal; dejando que sean los actos mismos los que definan la ética de la conducta humana.

Al principio he afirmado que son pocos, muy pocos, los escritores sin patria. Sólo aquéllos que escriben alejados de las tradiciones literarias imperantes en sus países de origen y llegada (aquéllos que se instalan para crear nuevas obras en las fronteras existentes entre las lenguas) pueden llevar consigo dicho galardón. Pero no es un premio que uno gane y se pueda colgar en la pared, sino que es un don efímero que se destiñe con el tiempo y la aceptación del nuevo hogar. Tanto Conrad como Gombrowicz son claros ejemplos de la irrupción de la vida por encima de la literatura, ajenos al fluctuar de las fronteras y los

“**Transfer**” IV: 1 (mayo 2009), pp. 49-54. ISSN: 1886-5542

gobiernos. Escritores que, al igual que otros, residieron por un tiempo en esa patria de los apátridas.

Kazimierz Wierzyński, cofundador junto a Julian Tuwim del movimiento poético polaco *Skamander*, exiliado y poeta de entreguerras, escribió:

Bo nie ma ziemi wybieranej,
Jest tylko ziemia przeznaczona,
Ze wszystkich bogactw – cztery ściany,
Z całego świata – tamta strona.¹

¹ DEDECIUS (2001: 222). “Porque no hay una tierra elegida / Sólo, la tierra regalada / de entre todas las riquezas: cuatro paredes, / del mundo entero: aquella dirección”. Traducción de Manel Bellmunt.

Referencias bibliográficas

- CONRAD, J. (1994). *Heart of Darkness*. Londres: Penguin Popular Books, Col. Penguin Popular Classics.
- GOMBROWICZ, W. (1984). *Transatlántico*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- _____. (2005). *Ferdydurke*. Cracovia: Wydawnictwo Literackie.
- MIŁOSZ, CZ. (1983). *The History of Polish Literature*. Los Ángeles: University of California Press.
- ZABOKLICKA, B. (2001). *Les traduccions de “Ferdydurke” de Witold Gombrowicz al castellà i al català: història i anàlisi comparativa dels procediments de traducció* [trabajo de investigación DEA presentado en la Universitat de Barcelona en 2001].